

Ignorancia ministerial

La semana pasada, en este mismo diario, Alfredo Cilento desarrolló un razonamiento impecable para explicar por qué en la actualidad resulta imposible cumplir con la oferta de construir 200 mil viviendas anuales, hecha pocos días antes por el más reciente de los muchos ministros que han desfilado por el despacho de la Vivienda y el Hábitat de este gobierno mendaz. Los argumentos esgrimidos por Cilento son tan concisos como contundentes a excepción del último, donde pareciera sugerir que esa meta no la ha fijado el ministro sino el mandón mayor y que el primero, experto en la materia y consciente del despropósito, la acata por puro miedo. Aquí discrepo porque pienso que fue el ministro quien, impulsado por una visión superficial, incluso frívola de la cuestión de la vivienda, le vendió ese delirio a su jefe. Aunque la ignorancia nunca ha excluido el miedo.

Este desacuerdo puntual no contradice ni en un ápice el razonamiento central de Cilento, pero creo que merece la pena reflexionar brevemente alrededor de él para tratar de descifrar algunas de las claves del régimen en materia de políticas territoriales que, como es evidente, engloban las de vivienda.

Desde los primeros delirios del Eje Orinoco-Apure el régimen ha revelado su visión rudimentaria y anacrónica en todo lo relativo a las lógicas territoriales y urbanas de una sociedad moderna. Es público y notorio que ese despropósito no nació del magín del gran jefe sino (aunque hay quien le dispute la autoría) del de su antiguo profesor y ministro de Planificación; pero ante el tiempo transcurrido y la ausencia de resultados se lo terminó sustituyendo con el llamado Eje Norte Llanero, idea, de acuerdo a confesión propia, del colega Fruto Vivas. Este se ha acompañado de un verdadero desmadre de proyectos ferroviarios cuya justificación técnica, económica y social, como lo ha denunciado la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat, se desconoce; además se carece de noticias acerca de los procesos de licitación a través de los cuales se han otorgado las respectivas obras, se desconocen los montos y condiciones del financiamiento externo contratado para su ejecución y se ha obviado la participación de la ingeniería nacional.

Lo anterior ilustra un caos extremo en el cual los “proyectos” no van más allá de “intuiciones brillantes”, sin base en estudios medianamente serios, formuladas por personas que pueden haber demostrado competencia en determinadas materias pero que, en su afán adulador o megalómano (la enfermedad se contagia), improvisan en otras que ignoran. La indigestión de recursos económicos, la ausencia de controles y la corrupción generalizada ponen los ingredientes faltantes para abrir las compuertas a desmanes que pagarán las generaciones futuras.